

XAVIER
ANDREU MIRALLES



EL
DESCUBRIMIENTO
DE ESPAÑA

MITO
ROMÁNTICO
E IDENTIDAD
NACIONAL

taurus


XAVIER ANDREU MIRALLES

EL DESCUBRIMIENTO
DE ESPAÑA

MITO ROMÁNTICO E
IDENTIDAD NACIONAL

taurus historia



El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas. Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro «amigo de los bosques». El proyecto «Libros amigos de los bosques» promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los Bosques Primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.

Primera edición: septiembre de 2016

© 2016, Xavier Andreu Miralles

© 2016, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2016, Estudio VACA, por el diseño de cubierta

© Gustave Doré, *Interieur de la Mosquée de Cordove* grabado de la obra *L'Espagne*, de C. Davillier, por la imagen de la cubierta

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-306-1809-5

Depósito legal: B-11821-2016

Compuesto en Arca Edinet, S. L.

Impreso en Black Print CPI Ibérica, Sant Andreu de la Barca, Barcelona

TA 1 8 0 9 5

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Als meus pares

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
------------------------	----

PRIMERA PARTE EN EL SUR DE LA MODERNIDAD

INTRODUCCIÓN	29
1. ENVILECIMIENTO Y RESTAURACIÓN: DE LA «LEYENDA NEGRA» AL MITO ROMÁNTICO	41
La modernidad ilustrada y la <i>tutela</i> de la monarquía española	43
Modernidad, decadencia y restauración en la Ilustración española	48
Un carácter nacional envilecido y afeminado	54
1808 y el «mito romántico» de España	61
2. AMORES ALHAMBRESCOS: LA FASCINACIÓN ROMÁNTICA POR EL PASADO ANDALUSÍ	70
La historia y el «descubrimiento» del pasado andalusí	71
Galanteos interraciales: el amor cortés y los orígenes de la civilización europea	75
El Norte y el Sur en las ficciones fundacionales de las naciones modernas	79
Fantasmas del pasado: la orientalización romántica de España	81

3. LA ESPAÑA DE <i>CARMEN</i> : UNA NACIÓN ORIENTAL	87
Théophile Gautier y la orientalización romántica de la nación española	89
Sedución, libertad y muerte: la España de <i>Carmen</i>	96
Apogeo y transformación del mito romántico	106

SEGUNDA PARTE

LUCES Y SOMBRAS DE UN PASADO ORIENTAL

INTRODUCCIÓN	117
La reacción española al mito romántico	117
Marginalidad, mercado literario y nacionalismo cultural . .	121
1. HIBRIDACIÓN Y SINCRETISMO EN EL ROMANTICISMO	
ESPAÑOL	128
Godos, hispanos y musulmanes en los orígenes de la nación española	129
Poesía árabe y sincretismo romántico: Agustín Durán	133
Una España híbrida: Alcalá Galiano y <i>El moro expósito</i> del duque de Rivas	141
2. RELIGIÓN Y POLÍTICA. LA NACIÓN LIBERAL Y SUS «OTROS»	
ORIENTALES	149
<i>Abén Humeya</i> o la rebelión interminable: en busca del «justo medio»	150
Amor cristiano y libertad: <i>Los amantes de Teruel</i> de Juan Eugenio Hartzenbusch	156
Un mito de la conversión: <i>Doña Isabel de Solís</i> de Martínez de la Rosa	161
3. LA ESPAÑA ORIENTAL EN LAS AGUAS DEL BAUTISMO:	
JOSÉ ZORRILLA	170
José Zorrilla, poeta nacional	171
Un arpa cristiana en el impúdico harén de una sultana: <i>Granada</i> (1852)	177
Coda. Un romance para una guerra	187

TERCERA PARTE
EL PUEBLO ESPAÑOL Y EL DESAFÍO DE LA MODERNIDAD

INTRODUCCIÓN.....	197
Casticismo y europeísmo, tradición y modernidad. Problemas interpretativos.....	197
Mesonero y Larra: dos proyectos reformistas para las clases medias.....	203
1. EN TIERRA DE DONJUANES Y BANDOLEROS. NACIÓN LIBERAL Y MASCULINIDAD.....	213
Majos, donjuanes y calaveras.....	214
Rechazo, reforma y aceptación del bandolero romántico..	223
2. MORENAS, PUÑALES Y ROSARIOS. MODELOS DE MUJER (ESPAÑOLA).....	236
Sal y honra de las mujeres españolas: la negociación del mito romántico.....	241
Un modelo de feminidad <i>nacional</i> : Lola Montes.....	246
La mujer católica y española de Fernán Caballero.....	253
3. LA FIESTA MÁS NACIONAL. LA REFORMA LIBERAL DEL ESPECTÁCULO TAURINO.....	260
La aparición del moderno espectáculo taurino y la crítica ilustrada.....	261
La fiesta taurina, la irrupción de la nación liberal y el mito romántico.....	266
Montes, la revolución liberal y la aceptación «nacional» del espectáculo taurino.....	273
4. ALMA DE ESPAÑA. ZARZUELAS, FANDANGOS, GUITARRAS Y BAILARINAS GITANAS.....	282
Hacia el «descubrimiento» romántico de la música española.....	285
Autoexotismo, castañuelas y el gusto por lo andaluz.....	289
Fandango y crítica social en tiempos de moderantismo...	295
Del costumbrismo agitanado al cante flamenco.....	299

5. UN PUEBLO EN DISPUTA. NACIÓN Y MITO ROMÁNTICO	
EN AYGUALS DE IZCO Y FERNÁN CABALLERO	307
Visiones del pueblo en la literatura romántica	
del liberalismo	308
España o la hija de un jornalero. Pueblo y nación	
en Ayguals de Izco	313
La Andalucía católica, sumisa y tradicional de Fernán	
Caballero	320
CONCLUSIONES	329
NOTAS	343
ÍNDICE ONOMÁSTICO	387

INTRODUCCIÓN

La mirada de Gustave Doré se pasea por el interior de la mezquita, escudriñando sus recovecos y a los personajes que la habitan. A las alturas de 1867, los lectores de *Le Tour du Monde* donde se publicó por primera vez su grabado, reconocían ya fácilmente sus portentosas columnas. Europa llevaba décadas rindiéndose ante su belleza. Como los suntuosos edificios de la Alhambra, la mezquita de Córdoba era un mudo testimonio de la fascinante grandeza de una civilización que había dado sus mejores frutos en la al-Andalus española. Era ya uno de los símbolos de España, aquella nación oriental que el romanticismo había «descubierto» a las puertas de Europa a principios de siglo y que se había convertido en un espectáculo del que disfrutaba la escrutadora mirada del observador occidental.

España fue aclamada entonces como la tierra de Boabdil y de los abencerrajes, de los palacios nazaríes y de los cantos orientales; aunque también como el hogar del Cid y de otros audaces caballeros cristianos que compitieron en arrojo y galanura con sus pares musulmanes. Unos y otros pugnaban porque fueran los pendones de su fe los que tremolaran en las almenas de los castillos peninsulares, y por el corazón de unas damas ante cuyas prendas rendían siempre sus espadas. Los ensueños alhambrescos fueron, en gran medida, historias de amor y, en muchos casos, de amor interracial. El romanticismo europeo, incluido el peninsular, imaginó la España medieval como una zona de contacto en la que dos civilizaciones consideradas inconmensurables se habían fecundado mutuamente. Los frutos de sus amores proyectaban, sin embargo, una sospechosa sombra sobre los modernos habitantes de la Península. España fue percibida como un país mestizo, un híbrido nacido de la unión entre la cruz y la media luna. Además, y a pesar del triunfo último de las armas cristia-

nas, el componente oriental era percibido como el predominante, sobre todo en un Sur peninsular cuyos rasgos se consideraban los más característicos de toda la nación. La herencia oriental, sumada a los rasgos propios de un país meridional, hacía de España el reverso de la modernidad. El imaginario europeo de la Península se plagó de figuras tan románticamente pintorescas como primitivas. España se convirtió en una tierra de pasiones desmesuradas y violentas, de costumbres bárbaras como los toros, de hombres que vivían al margen de la ley, de melodías guitarrescas que expresaban una pueril alegría que no parecía incomodarse ante la ruina de la patria. Por encima de todo, España fue, para los autores románticos, una belleza oriental de ojos negros ante cuyas ardientes miradas caían seducidos.

En un primer plano, Doré nos presenta a un hombre de espaldas, arrodillado y cabizbajo. Está ataviado a la española, y parece sobrecogido ante la magnificencia de un pasado oriental que resalta la miseria de su presente. O quizás se postre ante una muchacha de cabellos negros que atraviesa la galería y hacia la que dirige su mirada. Es esa mujer «oriental», pasional e incontrolable, la que habría subyugado finalmente al elemento europeo en la Península. Para el mito romántico el español es a la vez un pueblo vital y abatido; incapaz de controlar sus instintos, de acceder al mundo moderno. Cuando Doré dibujó su vista interior de la mezquita cordobesa, el encanto romántico hacía tiempo ya que había empezado a diluirse. Despojada de su hechizo, el retrato de España fue apareciéndose con tonos cada vez más crudos y descarnados. A medida que perdía su color, se hicieron más visibles los trazos de fondo que siempre lo habían delimitado: los propios de un país situado supuestamente en los márgenes de Europa y de la modernidad.

La fuerza de esta imagen en la Europa decimonónica fue formidable. De su robustez da buena cuenta el que dos siglos después muchos ciudadanos europeos sigan reconociendo en ella las principales facciones de España. En la última década de la pasada centuria, España parecía haber entrado definitivamente en el escogido club de las naciones avanzadas. Sin embargo, la crisis financiera y la explosión de la burbuja inmobiliaria, la escalada del paro y la ristra de casos de corrupción que empezaron a asolarla, volvieron a sembrar dudas sobre su modernidad. En lo más duro de la crisis, y con unas sociedades ahogadas por la deuda y por la austeridad, el Norte europeo actualizó una serie de imágenes y estereotipos sobre el Sur mediterráneo que achacaban sus males, nuevamente, a sus caracte-

res nacionales. En la Europa meridional —se llegó a decir en las portadas de grandes rotativos franceses, ingleses o alemanes— la indolencia, el egoísmo y el escaqueo se habían impuesto siempre al trabajo, el bien común y el compromiso. Ni la pérdida progresiva de tejido industrial y productivo, ni la desregulación del sistema financiero, ni las consecuencias de una política monetaria común, parecían tener nada que ver con lo que estaba ocurriendo en el Sur de Europa. El problema estaba, una vez más, en que los europeos meridionales (que mantenían un sospechoso parecido con los habitantes de los países orientales) trabajaban poco y mal, tendían a preocuparse solo de ellos mismos, y dedicaban más tiempo a batir palmas que a resolver los problemas que les acuciaban. Que tales afirmaciones se hicieran cuando miles de personas estaban siendo desahuciadas, perdiendo sus trabajos, sumergiéndose en la pobreza o viéndose obligadas a buscar fortuna en otros países, no provocó mayor sonrojo en muchos analistas serios que hacían uso de unos argumentos que probaban así su vigor y sus consecuencias.

A mediados del siglo XIX los escritores y artistas españoles que justo emprendían, como sus homólogos europeos, la ardua tarea de construir una nación moderna, se encontraron de frente con una potente imagen de su país que le negaba precisamente su modernidad. ¿Cómo respondieron a un mito romántico que se holgaba en recrear el pasado oriental de España y sembraba dudas sobre su plena adscripción al mundo occidental? ¿Afectó este fenómeno a las formas que tuvieron de relacionarse con Europa y la «modernidad»? ¿De qué modo reaccionaron ante una caracterización del pueblo español que cuestionaba su moralidad y le negaba las aptitudes necesarias para formar parte del mundo moderno? En relación con esta última pregunta se plantea otra que los especialistas no han sabido cómo responder hasta ahora: ¿cómo es posible que toreros, bandoleros, gitanas o castañuelas, conceptuados por el romanticismo europeo como los más representativos de España, y como indicios de una nación tan auténtica como primitiva, acabaran incorporándose, desde mediados del siglo XIX, al imaginario nacional de los españoles? Un lugar este que, además, ya no abandonaron. A pesar de que el franquismo, al intentar apropiárselos, acabó desprestigiando y asociando estos tipos a una patria caduca y postiza que para muchos era necesario enterrar, no han dejado de reinventarse como símbolos de España y de los españoles. Curro Jiménez, los toros de Osborne, las «chicas» Almodóvar, el cante flamenco, la *furia* españo-

la, etc., son variaciones de una imagen de España que se fijó definitivamente en la era romántica. Este trabajo intenta arrojar luz sobre estos interrogantes, que se pueden resumir en otro más amplio: ¿cómo influyó el mito romántico de España en el proceso de construcción de su identidad nacional?

Antes de entrar en materia considero indispensable, no obstante, poner todas las cartas sobre la mesa: explicitar qué perspectivas teóricas y metodológicas he utilizado para intentar resolver estos enigmas. En primer lugar, debo aclarar que este es un libro de historia cultural, y que los materiales que he acumulado para edificarlo son, en su mayor parte, de carácter literario. Desafortunadamente, las fuentes literarias siguen siendo poco holladas por los historiadores, recelosos quizás de una literatura frente a la que, al fin y al cabo, delimitaron su disciplina. Si en ocasiones se acercan a ella, lo hacen además, a menudo, a la caza de los pálidos reflejos de la realidad que alguna vez pudo haber captado; como si de un simple depósito de información se tratara. El presente trabajo adopta otra perspectiva. Parte de la convicción, que expresaron Isabel Burdiel y Justo Serna hace ya veinte años, de que los historiadores no pueden renunciar a explorar los imaginarios sociales del pasado, y de que la ficción es un lugar especialmente apropiado para adentrarse en ellos¹.

En las últimas décadas, los historiadores se han visto obligados a replantear su forma de acercarse al pasado. El llamado giro lingüístico socavó algunas de sus más inamovibles certezas. Hubo quien respondió al reto tomando una salida fácil: negar sin más los cargos levantados contra la historia y aferrarse a unas categorías conceptuales que a la luz de los nuevos planteamientos teóricos habían perdido su transparencia. Este trabajo nace de la admiración hacia quienes, por el contrario, decidieron responder al desafío incorporando creativa y provechosamente lo que reportó a la disciplina histórica el giro lingüístico: un refinamiento de sus categorías de análisis que ha permitido explorar de forma más compleja esos lugares extraños que son siempre las sociedades pretéritas².

Entre las lecciones del giro que más repercusión tuvieron entre los historiadores se halla la que problematizaba la explicación de por qué actúan de un modo u otro los sujetos históricos. Para esclarecerla no podemos recurrir ya, solo o principalmente, a las condiciones materiales de su existencia. Desde la década de los ochenta, y sobre todo desde una historiografía anglosajona inspirada en los trabajos de Edward P. Thompson y aturdida al comprobar que miles de

obreros decantaban su voto hacia la Dama de Hierro, la relación entre situación social y acción política dejó de percibirse como evidente. Conceptos explicativos que habían sido clave, como «lo social», la «clase» o la «experiencia», perdieron su inocencia. Los historiadores fueron aceptando progresivamente que para descifrar la actuación de los sujetos históricos era necesario atender a los mecanismos culturales a través de los cuales aprehendían el mundo en el que vivían³. El concepto de identidad, que permitía entender dichas acciones a partir del análisis de los lenguajes que les daban sentido, inició entonces su reinado entre los historiadores⁴.

Desde estos presupuestos, la ficción comenzó a ser apreciada como algo más que un simple recurso con el que iluminar unos procesos históricos que tenían lugar al margen de ella. Las historiadoras del género señalaron su relevancia, por ejemplo, en la conformación de los discursos que vertebraron las identidades de género y, con ello, las relaciones de poder entre hombres y mujeres a lo largo del tiempo⁵. La nueva historia cultural de la política, que amplió el propio sentido de «lo político» y señaló la importancia para su constitución de los imaginarios sociales existentes en cada momento histórico, contribuyó también a avanzar en este sentido⁶. La literatura se reveló como un espacio privilegiado para estudiar los discursos, entendidos como formas de concebir y de representar la realidad con efectos de poder y de creación de significados. Más que como un reflejo del mundo en el que habitaba, empezó a ser percibida como partícipe activa en su conformación y transformación⁷. Las consecuencias políticas de la actividad literaria y de quienes la practicaban se hicieron así evidentes.

Ningún autor es dueño de sus palabras. Es el lector quien construye en cada momento los significados y quien da sentido, en última instancia, a los textos. No obstante, sí es posible rastrear la intencionalidad de quien los escribe, algo que nos remite a su relación con las estructuras sociales y políticas que lo rodean y a su capacidad para transformarlas⁸. Tal y como señala Dominick LaCapra, prestar atención a cómo fueron escritos, leídos y usados los textos literarios puede darnos pistas sobre sus contextos de escritura, de recepción y de lectura crítica⁹. Este trabajo se ocupa principalmente de leer dichos textos literarios a la luz de la historia política, de la que no fueron un simple *reflejo*, sino parte constitutiva. Por supuesto, esta lectura no agota muchas otras. Por ejemplo, aquellas que se centran en sus dimensiones estéticas, de las que se han ocupado en las últimas

décadas numerosos especialistas en el romanticismo español y de las que este libro es también enormemente deudor; o las que tienen en cuenta la dimensión económica de unas obras pensadas para entretener o para ganarse la vida. No obstante, las literaturas española y europea de mediados del siglo XIX son abordadas en este libro en tanto que espacio de creación, negociación y conflicto de significados sociales y políticos; y en la medida en que sirvieron para articular discursos que crearon y perpetuaron identidades hegemónicas y subalternas en el marco de unas determinadas relaciones de poder¹⁰.

Las fuentes literarias resultan especialmente valiosas para el estudio de las naciones. Este trabajo parte de una concepción de estas últimas sobre la que existe ya un amplio consenso: aquella que las entiende como una forma particular de relación social y política. Las naciones no son entes inmutables, sino productos del ser humano. No son eternas ni esenciales, sino históricas y construidas. Lo que las sustenta es la creencia subjetiva que tienen sus miembros de su existencia. En este sentido, la nación es, sobre todo, un artefacto cultural, asociado a un territorio concreto y depositario último de la soberanía política. Por utilizar la afortunada expresión de Benedict Anderson, la nación es una «comunidad imaginada inherentemente limitada y soberana»¹¹. Frente a lo que señalan interpretaciones un tanto caricaturescas de la historia cultural de las naciones, decir que las naciones son entes «imaginados» no implica afirmar que no sean «reales», y que no tengan consecuencias tangibles para quienes las integran. De hecho, ha sido principalmente bajo el prisma de la nación como se ha leído, transformado y organizado el mundo en la época contemporánea.

Lo que sostiene a las naciones, lo que evita que se vengán abajo, es el nacionalismo, que entiendo, siguiendo a Craig Calhoun, como una determinada forma de pensar y de hablar sobre el mundo, de estructurar y dar sentido a la realidad que crea las naciones mediante la afirmación de su existencia, y que apela a ellas para generar una identidad colectiva y movilizarla¹². En este sentido, no es solo nacionalista quien integra un movimiento social o político que reclama la autonomía o la independencia de su patria, o quien iza orgulloso la bandera y entona emocionado el himno nacional. También lo es quien contribuye a mantener y reforzar, a veces inconscientemente, una forma de entender el mundo según la cual este está formado por naciones singulares y soberanas. El nacionalismo es un discurso que no refiere solo a las ideas, sino también a las instituciones y a las estruc-

turas, a las prácticas diarias y a las costumbres constitutivas del mundo social; que impregna nuestra forma de entender el mundo, vehicula cómo lo experimentamos, y hace que en nuestras sociedades siga resultando difícil renunciar a unas naciones en las que hemos sido socializados.

Al plantear el carácter subjetivo de las naciones, Anderson abrió las puertas a una historia cultural de las mismas que sostiene que los individuos construyen sus identidades nacionales insertándolas en —y relacionándolas con— un determinado relato nacional. Sus miembros deben reconocerse como partícipes de una comunidad con la que comparten una serie de rasgos y, sobre todo, una historia colectiva. Algunos autores han subrayado, a partir de aquí, la íntima relación existente entre nación y narración, así como la particular relevancia de la literatura y, en general, de otros géneros narrativos como la historia, en la forja de las naciones¹³. Los trabajos de Franco Moretti sobre los vínculos entre la aparición de la nación moderna y el surgimiento de la novela; los de Lauren Berlant y Doris Sommer sobre la importancia de esta para cimentar las nuevas naciones americanas; la relectura que hizo Alberto Banti de la literatura liberal-patriótica del *Risorgimento* o los diversos trabajos de Stefan Berger sobre la historiografía nacionalista, han confirmado el alcance de todos estos géneros narrativos en la fragua de las naciones modernas¹⁴.

El estudio del proceso de construcción de la nación española ha dado pasos de gigante en las últimas décadas. Las perspectivas teóricas que señalan el carácter moderno y construido de los fenómenos nacionales fueron incorporándose progresivamente a lo largo de la década de 1990. A principios del nuevo milenio, la publicación de *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, de José Álvarez Junco, consolidó una interpretación «modernista» que sigue siendo hegemónica, y que ha tenido la virtud de propulsar un debate que ha puesto contra las cuerdas a los defensores del tarro de las esencias patrias¹⁵. La pregunta de fondo que guiaba este estudio era si la identidad nacional española había conseguido extenderse socialmente a través de la acción del Estado liberal durante el siglo XIX. ¿Había tenido éxito el proyecto nacido en el Cádiz revolucionario, como había ocurrido en otros países? La respuesta de Álvarez Junco se decantaba por el no, lo que en su opinión explicaba la aparición en España, tras la crisis del 98, de nacionalismos alternativos, así como la pervivencia en toda la Península de unas identidades premodernas que habrían sumergido al país en 1936 en un reguero de sangre.

Trabajos posteriores han discutido y matizado esta interpretación que, no obstante, ha sido la que ha vertebrado el debate historiográfico en las últimas décadas¹⁶.

A partir de estas preguntas, los esfuerzos de los especialistas se han centrado sobre todo en comprobar hasta qué punto se avanzó o no en España en el proceso de nacionalización. Los trabajos que se han publicado recientemente a propósito de esta cuestión son muy numerosos, aunque para el siglo XIX siguen planteándose muchos interrogantes. Con todo, el trabajo de Álvarez Junco apuntaba también en otra dirección: la de analizar cómo fue imaginada y narrada la nación en el siglo XIX por sus intelectuales; en particular por sus historiadores, una cuestión a la que dedicó una atención especial y en la que han ahondado asimismo otros especialistas. Sin embargo, la literatura romántica no ha merecido todavía la atención que merece, teniendo en cuenta que resulta quizás un termómetro más fiable para analizar la difusión de los discursos nacionales. Algunos de sus géneros permiten salvar mucho mejor el obstáculo del analfabetismo y de la censura. También fue fundamental en otro sentido, que es del que se ocupa este libro: la literatura funcionó como un altavoz del historicismo romántico y como una plataforma en la que se debatía sobre qué nación se quería construir y, con ello, sobre qué modelos sociales y políticos debían establecerse.

Este trabajo indaga pues sobre la relación entre nación, política y literatura en las décadas centrales del siglo XIX, cuando la revolución liberal se reabrió para cerrarse ya de forma definitiva, las principales culturas políticas del Ochocientos perfilaron sus metarrelatos sobre la nación española, y los fundamentos del nuevo Estado-nación liberal empezaron a asentarse. Fue también entonces cuando se erosionaron definitivamente los viejos modelos de producción cultural asociados con el absolutismo y empezó a articularse un nuevo sistema cultural de mercado que ensanchó de manera considerable la esfera pública y transformó el papel que ejercían en ella los hombres —y mujeres— de letras. Fue en aquel momento cuando se consolidó además la imagen romántica de España, que disputó a sus intelectuales su derecho a ser los exclusivos arquitectos de su patria. Un fenómeno este que no fue, por otro lado, exclusivo de España, y que remite al carácter relacional y dialógico de todas las identidades, también de las nacionales.

Resulta ya un lugar común reconocer que las naciones se imaginan siempre en relación con una serie de «otros» respecto a los que

se diferencian y frente a los que se definen. Pensar *una* nación es hacerlo siempre en relación con *otras* naciones. En la segunda edición de *Comunidades imaginadas*, Benedict Anderson añadió un capítulo en el que señala que el lenguaje nacionalista organiza el mundo a través de un mecanismo basado a la vez en la igualdad y en la diferencia. La nación es imaginada en unas coordenadas y con unos límites espaciales que suponen la contigüidad con *otras* naciones que se encuentran en el *mismo* mundo y que se supone reproducen los mismos esquemas y modelos de funcionamiento. Instituciones como el censo, el mapa o el museo son pensadas como categorías abstractas de clasificación, como series universales cuya aplicación es posible en cada nación particular. A todas las naciones se les supone *un* gobierno propio, *una* bandera o *una* selección nacional de fútbol, por ejemplo, aunque todas son pensadas como únicas y singulares. Las naciones son, por tanto, fenómenos intrínsecamente comparativos¹⁷. Cada nación se construye respecto a otras con las que comparte líneas fronterizas, con las que compite o con las que mantiene un tipo de relación especial (histórica, hegemónica, colonial, etc.). Pero también con el resto, que resultan indispensables para imaginar la *normalidad* nacional.

Quizás por ello, y citando las primeras palabras de un conocido ensayo de Anne-Marie Thiesse, no hay «nada más internacional que la formación de las identidades nacionales»¹⁸. En el proceso de construcción de las naciones modernas la imitación y el préstamo fueron la norma. Además, muy diversas imágenes nacionales circularon por Europa salvando sus fronteras y participando decisivamente en los diversos procesos de construcción nacional. Las naciones protestantes se construyeron en buena medida aventando los peligros de un Sur católico y decadente; el pueblo alemán defendió su europeidad alejándose de una Europa del Este de rasgos orientales y primitivos, pero también de la corrupta Francia; una determinada imagen del francés frívolo y afeminado fue crucial, de hecho, para el surgimiento de los nacionalismos en toda Europa; a su vez, las diversas figuraciones de una Alemania amenazante fueron clave en la conformación de la identidad francesa moderna, etc. En las últimas décadas se ha producido un renovado interés por el estudio de la producción, difusión y recepción de estos estereotipos, clichés o caracteres nacionales. Desde la imagología, una rama de la literatura comparada, se ha defendido que es en la ficción literaria donde los estereotipos nacionales se formulan, perpetúan y difunden en pri-

mer lugar y de forma más efectiva. Desde aquí se convierten en lugares comunes que se vuelven familiares en el mundo cultural y en la comunicación diaria a través de la repetición y de la analogía. La imagología no es una teoría de la identidad nacional, sino de los estereotipos (o imágenes) nacionales. Se ocupa de las representaciones en tanto que estrategias textuales y discursivas (no de su «realidad» o «falsedad»), para lo que desarrolla herramientas conceptuales con las que distingue entre las imágenes que se tienen de «otras» comunidades (heteroimágenes) y las que se elaboran sobre la propia (autoimágenes), así como para analizar de qué modo ambas interactúan¹⁹.

Uno de los aspectos que más interesan a la imagología es que los estereotipos nacionales sugieren una relación entre la situación y la especificidad de cada nación y una determinada predisposición moral o psicológica de sus integrantes. Es decir, contribuyen a una explicación caracterológica de la diferencia nacional. En este sentido, diversos autores han recuperado críticamente la categoría de «carácter nacional» para preguntarse por el papel que ejerce en la naturalización de una concepción nacionalista del mundo. Lo que intentan demostrar no es, claro está, que exista nada parecido a un carácter nacional. Es decir, que por el hecho de haber nacido en una nación determinada, un individuo esté predispuesto a ser más frívolo, indolente, trabajador u obcecado, por ejemplo. Esta es una idea completa y justamente desacreditada en la actualidad²⁰. Lo que interesa a la imagología es, más bien, la funcionalidad que tuvo (y sigue teniendo) la categoría de carácter nacional para explicar el mundo y situar en él a las diferentes naciones al personificarlas; es decir, de qué modo dicha categoría pudo ser (y es) decisiva para imaginar las naciones. De ahí la relevancia de estudiar lo que Joep Leerssen ha llamado el surgimiento de un «pensamiento nacional», cuyos orígenes sitúa en las primeras tablas clasificatorias de *naciones* que se realizaron en Europa en el siglo xvi. En los siglos siguientes estas imágenes y estereotipos nacionales se difundieron a través de las campañas propagandísticas de las guerras de religión, las representaciones teatrales o una incipiente literatura de viajes. En el siglo xviii, el «carácter nacional» fue discutido y aceptado como categoría analítica por los grandes pensadores ilustrados. De este modo, en la época de las revoluciones, los constructores de las naciones modernas pudieron asociar la soberanía política a aquellos tropos e imágenes nacionales, que fueron también transformados en el proceso, y que han seguido informando nuestras formas de interpretar el mundo²¹.

La imagológica no es la única perspectiva que se ha preocupado por estas cuestiones. La reflexión sobre los estereotipos y la alteridad ha sido muy importante también para la crítica feminista o la teoría poscolonial. Estas perspectivas teóricas subrayan la dimensión política implícita siempre en estas imágenes: tal y como recuerda Michael Pickering, lejos de tener un carácter simplemente anecdótico, el estereotipo es una forma de representar y organizar el mundo que es parte constitutiva de discursos que refuerzan la convicción de que existen relaciones fijas y necesarias de poder entre los diversos actores históricos²². Edward Said demostró que las representaciones literarias o artísticas de Oriente que se hicieron en el mundo occidental no fueron inocuas ni inocentes. Formaron parte de un discurso de poder que legitimó la acción imperial. Europa se concibió a sí misma como moderna y civilizada frente a unas sociedades supuestamente atrasadas e inferiores, y cuyo futuro vinculó a su tutela. El «hombre blanco» levantó su «pesada carga» con la palanca que le proporcionaron unos saberes sobre Oriente que leían la realidad a través de una serie de categorías binarias: Occidente-Oriente, civilización-barbarie, progreso-atraso, racional-irracional, libertad-despotismo, activo-pasivo, autocontrol-concupiscencia, masculinidad-feminidad, etc. Fueron estos saberes los que le permitieron legitimar, ejercer y mantener una relación jerárquica de poder respecto a los pueblos orientales²³. La perspectiva saidiana se ha aplicado principalmente al estudio de la relación entre las potencias imperialistas y sus colonias. En las últimas décadas, sin embargo, algunos historiadores han señalado su utilidad para explicar otro tipo de relaciones de poder. Por ejemplo, las que, en el interior de las sociedades occidentales, fundamentan estructuras sociales injustas (como las basadas en la raza, la etnicidad, el género o la clase) o marginan a quienes no se ajustan al modelo normativo²⁴. Algunos autores han aplicado también las herramientas del análisis del discurso colonial para explicar las relaciones de poder que se establecen entre unas zonas y otras del propio continente europeo. Han llamado la atención sobre la existencia de unos «otros internos» europeos que fueron también decisivos en la articulación del discurso sobre la civilización y el progreso occidentales. España fue uno de ellos. El romanticismo europeo «descubrió» en la Península una nación oriental, con todo lo que tal categorización comportaba.

Al mismo tiempo, como ya he apuntado, muchos de los elementos característicos del mito romántico de España fueron siendo acep-

tados como propios también en la Península. Para entender este proceso pueden ser útiles otras herramientas desarrolladas también por la crítica poscolonial, aunque pensadas en contextos muy diferentes y que deben aplicarse, por tanto, con todos los matices necesarios. Desde la tradición psicoanalítica, Franz Fanon planteó que el *yo* de los sujetos coloniales se constituye a través de la mirada que proyectan sobre ellos los colonizadores. Es en el espejo del discurso colonial donde el negro reconoce y asume, por ejemplo, su *negritud*. Ahora bien, al asociar esta categoría a todas aquellas características que el hombre blanco occidental proyecta sobre ella (lo primitivo, lo salvaje o lo femenino, por ejemplo), cuando el colonizado se observa y se descubre a sí mismo, siente rechazo y desarrolla un complejo de inferioridad que Fanon llama a superar mediante una acción catártica violenta²⁵. Diversos autores, aun reconociendo la labor seminal de sus escritos, han señalado que el pensador caribeño se mantiene, sin embargo, dentro de los límites del binarismo que pretende destruir, y que intenta imponer y naturalizar el pensamiento colonialista. Homi K. Bhabha parte de sus reflexiones pero para señalar que la relación del colonizado con el colonizador es siempre mucho más compleja y de naturaleza ambivalente: de atracción-rechazo, de deseo-miedo. Además, considera que las identidades de unos y otros no son ni estables ni homogéneas y que el sujeto colonizado no asume sin más el estereotipo colonialista, sino que también lo resiste, adaptándolo, negociándolo o subvirtiéndolo²⁶. En este sentido, su propuesta conecta en algunos puntos con la idea de Mikhail Bakhtin de que los significados culturales se construyen en el diálogo que mantienen entre sí, en cada momento concreto, un coro formado por múltiples voces²⁷. Aplicada al estudio de los fenómenos nacionales, esta propuesta implica aceptar que en su construcción participaron diversos hablantes, que se expresaron desde lugares igualmente diversos y que disputaron entre ellos por fijar su significado. Un objetivo este último que es, sin embargo, siempre inalcanzable, pues siempre se elevarán nuevas voces que disputen de nuevo su significado. Como planteo en este libro, los intelectuales españoles tuvieron que hacer frente a una imagen de su país que escapaba a su control. Su actitud hacia dicha imagen no fue ni la total aceptación ni el visceral rechazo. Entablaron un diálogo del que resultaron formas alternativas y originales de pensar España en las que, no obstante, estaba inscrita de modos diversos la caracterización que de la misma se hacía desde más allá de sus fronteras. A su vez, esta perspectiva dialógi-

ca nos permite escapar de concepciones dialécticas en las que está implícito un debate sobre a quién corresponde la autoría última de estas imágenes nacionales. Más que disputar sobre si la imagen romántica de España fue de origen foráneo o se ancló en percepciones autóctonas, me interesa analizar de qué modo se articuló en cada contexto concreto a partir del diálogo que sobre ella mantenían muy diversos actores.

El poder de los intelectuales para construir *sus* naciones no fue pues omnímodo. En España, muy pronto se evidenció, además, que no constituían un bloque homogéneo. No todos entendían la nación de igual modo. El significado de la nación no se construía solo a través del diálogo con el mito romántico, sino también del que establecieron entre sí los diversos proyectos nacionales formulados desde la Península. Las aceradas disputas que sobre el pasado nacional (o sobre sus símbolos) mantuvieron estos intelectuales han sido interpretadas a menudo como síntomas del «fracaso» en España de un proyecto nacional unitario. No obstante, este fenómeno no es excepcional, sino común en todas partes. En las esferas públicas de todos los países, diversas narrativas nacionales compitieron siempre por alzarse con el máspreciado trofeo: devenir hegemónicas. La pluralidad no es el resultado de ningún déficit nacional, sino el fruto de la radical heterogeneidad existente en todas las sociedades humanas. Un hecho que contraría a unos discursos nacionalistas que anhelan siempre una supuesta unidad perdida o futura y que, por ello, tienden a interpretar su realidad nacional agónicamente²⁸. En definitiva, las disputas por los símbolos, la memoria histórica, la organización territorial o política, etc., no evidencian el fracaso de la nación. Son más bien parte constitutiva de su existencia. Lo que prueban, en todo caso, es el carácter central que ocupó dicha categoría en las diversas culturas políticas del periodo, un fenómeno que ha sido también muy estudiado en España en las últimas décadas²⁹.

La tarea de construir la nación tampoco resultaba fácil a los intelectuales por otro motivo: sus propuestas debían acomodarse a las expectativas de aquellos a quienes se dirigían. Los estudiosos de los fenómenos nacionales han tendido a incurrir en el desacierto de explicar los procesos de nacionalización mediante nociones difusionistas, según las cuales los sujetos históricos no son sino receptores pasivos de unas identidades nacionales elaboradas por las élites. Estas interpretaciones han sido discutidas en los últimos años por especialistas que subrayan que el proceso fue mucho más complejo.

Estos autores protestan sobre todo de que se convierta a la «gente corriente» en meros comparsas, que se les niegue su capacidad de intervención en los procesos de construcción nacional³⁰. Los lenguajes de la nación fueron fundamentales, por ejemplo, para el liberalismo europeo del siglo XIX —incluido, y especialmente, el más radical—³¹. El hecho de participar en estas culturas políticas contribuyó, sin duda, a la nacionalización de amplios sectores de la población. Pero el argumento funciona también en sentido contrario. A través de su compromiso político, quienes militaban en aquellas culturas políticas modulaban también cómo se articulaban sus lenguajes nacionales.

Este fenómeno afectó también a los imaginarios elaborados por aquellos intelectuales que se alzaron en demiurgos de sus naciones. Sus propuestas debían ser creíbles para aquellos a quienes se dirigían como compatriotas. Desde el llamado «etnosimbolismo» se ha esgrimido que los estudiosos de las naciones no tienen suficientemente en cuenta que estas no se crean *ex nihilo*. Para su consolidación es imprescindible que se engarcen con unas identidades étnicas previas, con una serie de símbolos, memorias y mitos compartidos en los que pueden reconocerse quienes son interpelados como sujetos nacionales³². James Brophy ha enfatizado también la relevancia que pudo tener otro proceso. El de la *nacionalización*, desde finales del siglo XVIII y, sobre todo, a principios del XIX, de determinados espacios o elementos que fueron asociados entonces con la «cultura popular». Una serie de autores intentaron dirigirse y movilizar a las clases subalternas utilizando un lenguaje y unos símbolos que les fueran reconocibles y que apodaron entonces como *nacionales*. Es decir, más que la expresión de unas esencias castizas, estos símbolos fueron nacionalizados *durante* el proceso³³. En este sentido, no comparto una visión idealizada de la «cultura popular» que la convierte en guardiana secular de una serie de rasgos *nacionales* premodernos, abandonados por una «cultura elitista» extranjerizante. Hace tiempo que los especialistas en la Edad Moderna han demostrado que las relaciones entre ambos espacios culturales fueron más porosas de lo que la (re)construcción romántica de «lo popular» estuvo siempre dispuesta a reconocer³⁴. El concepto de «cultura popular» es en sí mismo problemático. Aquí lo utilizo, sin más, como el conjunto de formas de ocio y entretenimiento, de sociabilidad o de participación en la esfera pública propias de la gente común. Un espacio muy condicionado, en especial tras el desmantelamiento de las es-

estructuras socioeconómicas del Antiguo Régimen, por unas lógicas mercantiles que escapaban también al control de los intelectuales y, a menudo, al de las autoridades. Fue precisamente ese mundo el que se situó en el centro de la recreación romántica de la nación española, y cuyo significado *nacional* se propusieron disputar en las décadas centrales del siglo XIX los autores españoles.

* * *

Este libro empezó a gestarse en el año 2002, cuando un proyecto de investigación sobre la figura del escritor republicano Wenceslao Ayguals de Izco acabó convirtiéndose en una primera reflexión sobre el carácter orientalista del mito romántico y su influencia en el proceso de construcción de la identidad nacional española. El sendero que se ve obligado a recorrer todo investigador resulta siempre tan apasionante como solitario. No obstante, las horas de clausura han sido ampliamente compensadas por el hallazgo de amistades profundas durante la travesía, y por la posibilidad de mantener un diálogo intelectual con personas a las que respeto y admiro. M.^a Cruz Romeo Mateo ha sido tanto una amiga que ha sobrepasado con creces sus obligaciones como directora de tesis como un modelo de capacidad crítica y profundidad de análisis. Manuel Martí, con su irreverente frescura y su magisterio docente, fue el responsable de que me adentrara en este mundo. Isabel Burdiel es una inspiración intelectual y un ejemplo de que es posible combinar la mayor tensión teórica con el análisis empírico más riguroso. Me he sentido un privilegiado al poder contar con la perspicacia de Jesús Millán, quien ha estado siempre dispuesto a escucharme, leer y discutir mis textos. Paco Mezquita infundió en mí, como en otros muchos, el amor por la historia. Anna Aguado, Marc Baldó, Mónica Bolufer, Aurora Bosch, Carmen y Encarna García Monerri, Javier Navarro, Anacleto Pons, Julián Sanz, Ismael Saz, Justo Serna, Nuria Tabanera y otros profesores me han abierto siempre unas puertas que no he dudado en atravesar en numerosas ocasiones. He tenido muy en cuenta los sabios comentarios y las sugerencias que realizaron durante el proceso de evaluación de mi tesis doctoral Alberto Banti, Mariano Esteban de Vega, Alejandro Quiroga y Coro Rubio. Asimismo, le agradezco a Fernando Durán que haya tenido tiempo para abandonar momentáneamente sus múltiples intereses histórico-literarios y para leer alguno de mis trabajos. Debo expresar también mi gratitud hacia Jesús A.

Martínez Martín, Paul Preston, Jordi Canal, Claus M. Jørgensen y Thorsten B. Olesen, quienes me permitieron realizar diversas estancias de investigación en Madrid, Londres, París y Århus. Asimismo, agradezco a Elena Martínez-Bavière y a Carolina Reoyo su amabilidad y sus acertados consejos.

Extraño y recuerdo con sumo afecto las tardes en las que los becarios del Departament d'Història Contemporània de la UVEG nos quedábamos en nuestro despacho hasta el anochecer por el puro placer de compartir lecturas y ampliar nuestros horizontes intelectuales. Ferran Archilés ha actuado a la vez como compañero y como un mentor de cuya sabiduría me ha permitido siempre aprovecharme. Por Josep Ramon Segarra siento tanto afecto personal como admiración hacia su pasión por aprender y hacia su rigor intelectual. Con Marta García Carrión he pasado todo tipo de «miserias y desgracias», pero también comparto recuerdos enormemente alegres y divertidos. Junto a ella y junto a Josep Andrés, Mónica Granell, Toni Morant, Marta Cuñat y otros camaradas, he tenido que luchar en las duras batallas a las que nos obliga una investigación cada vez más precarizada. Sin Sara este viaje nunca se hubiera completado y mi vida sería, sin duda, menos dichosa. Todos ellos han participado de un modo u otro en la confección de este libro. De todos modos, y como suele decirse en estos casos, de sus defectos soy yo el único responsable.